

Prat de la Riba:
"Su síntesis contiene la clave
del problema".



**LUIS
CARANDELL**

creyeron encontrar en el libro la demostración de que el nacionalismo «es cosa de la burguesía» y que, por tanto, «no hay que malgastar energías en la cuestión». Otros se callaron simplemente «para no comprometer —dice Solé-Tura— sus opciones tácticas y sus alianzas».

Hubo, sin embargo, un amplio sector de la juventud que captó la verdadera intención del libro. «Vio en él un principio de reflexión sobre la realidad política de Cataluña y de toda España a través de la comprensión de uno de los capítulos fundamentales de nuestra historia reciente». Fue precisamente esta aceptación por parte de la juventud «lo que inquietó a aquellos sectores políticos y sociales que se consideran los guardianes de la llama sagrada. Con una violencia realmente notable lanzaron los más duros ataques contra mi libro, acusándole de cien errores y defectos —algunos de ellos reales— para sembrar la desconfianza hacia el autor e invalidar sus tesis y propósitos esenciales. Se trataba de anular el posible efecto demolidor de la obra para conservar intacto el patrimonio ideológico».

Más adelante veremos cuáles son las razones que impulsan a los «guardianes de la llama sagrada» a la conservación, contra viento y marea, de este patrimonio ideológico. Solé-Tura hace en el prólogo que estoy comentando un análisis realmente lúcido de la situación actual del problema. Debemos antes, sin embargo, aludir brevemente y de una forma necesariamente incompleta al contenido mismo de ese patrimonio, cuyo definidor y teórico fue Prat de la Riba, en quien, al decir de Solé-Tura, «confluyen las diversas corrientes, las diversas energías del movimiento burgués catalán. De él salen con nuevo ímpetu ideológico y político. Pero su síntesis contiene la clave del problema: vemos reflejadas en ella las fuerzas y las debilidades del impulso burgués, las esperanzas de una clase que se sabe hegemónica en Cataluña y aspira a serlo en toda España, y las realidades de una limitación orgánica e ideológica que la inclina, desde el primer momento, hacia el compromiso estéril».

La burguesía catalana se había incorporado orgánicamente a España durante el siglo XVIII. Participaba en los beneficios económicos del imperio español. Los intelectuales y la burguesía se acercaban a la Administración; el catalán perdía terreno como idioma

A raíz de la publicación, en julio de 1967, del libro de Jordi Solé-Tura, «Catalanisme i revolució burgesa» uno de sus más rigurosos críticos, Josep Benet, dijo en un famoso artículo que «ahora, la novedad reside en el hecho de que el confusionismo empieza a sembrarse en lengua catalana». Confío en que no escapará al lector el artero sofisma que la intención de la frase encierra. La obra de Solé-Tura constituía una desmitificación de la figura, para muchos catalanes intocable, de Prat de la Riba, el máximo exponente del nacionalismo catalán a principios de este siglo.

Desmontar —ya veremos en qué medida— esa figura, aportando para ello pruebas históricas, era una labor de «confusionismo» realizada con el agravante de que, lejos de partir de una mente «castellana» enemiga de todo lo catalán, salía de un autor catalán y se hacía en lengua catalana. Tenía la frase un regusto paternalista, anclado en la concepción parial de la familia catalana, como si dijera: «No hablarás mal de tu padre. Para eso están los insidiosos vecinos», y daba por supuesto que el «confusionismo» sólo pudiera sembrarse en castellano y no en catalán. Uno de los lectores que intervinieron en la polémica originada con este motivo en las páginas de la revista «Serra D'Or» decía, comentando la afirmación de Benet, que era «como si en el país en bloque se hablara, por el solo hecho de hacerlo en catalán, con una clarividencia garantizada».

El libro de Solé-Tura y la polémica surgida en torno a él mostraron quizá por primera vez en nuestros días, de una manera pública que trascendió los círculos puramente intelectuales, que las jóvenes generaciones catalanas habían empezado a hacer la crítica «desde dentro» (y no desde los supuestos del centralismo) de la imagen que de Cataluña habían dado los teóricos del nacionalismo del pasado. Que esa crítica se hubiera hecho en lengua catalana era realmente una novedad, si bien una novedad esperanzadora.

La polémica fue violenta. El propio Solé-Tura lo ha explicado en el prólogo de la edición castellana del libro, publicado recientemente por Editorial Cuadernos para el Diálogo: «Por las circunstancias de su aparición —en el cincuentenario de la muerte de Prat de la Riba— y por el tema de que trataba, la obra

causó un cierto impacto en el ambiente político-cultural de Cataluña. Se hicieron tres ediciones en poco tiempo y, finalmente, provocó el estallido de una polémica bastante violenta que demostró que la obra era —es— más política que historiográfica en sentido estricto». El autor explica a continuación las diversas reacciones que el libro despertó: «Por extraño que parezca, algunos viejos conservadores acogieron el libro con grandes plácemes. Creían encontrar en él una justificación de su pasividad y de su alejamiento de los problemas vivos del país, tomándolo por una denuncia pura y simple del nacionalismo. Otros sectores más comprometidos con estos problemas tuvieron una reacción epidérmica: «¡Que no nos toquen a Prat de la Riba!». La reacción de los sectores «que podríamos llamar de izquierda» fue de dos tipos: unos

catalanismo y revolución burguesa

de cultura. «Si Cataluña —dice Vicens Vives— se ha encontrado bien en alguna ocasión en el conjunto del Estado español, tal como lo entendieron los castellanos del siglo XVII y comienzos del XVIII, esta situación corresponde con toda evidencia al reinado de Carlos III». Sin embargo, esta unidad se frustró y Solé-Tura encuentra los motivos de esta frustración en el hecho de que «el desarrollo económico y político de España durante el siglo XIX acentuó, en vez de superar, las diferencias estructurales entre una Cataluña industrializada y burguesa y el resto de España, esencialmente agrario». Hasta la Revolución de 1868 la burguesía catalana «creyó en la posibilidad de su acceso directo al poder español y en la posibilidad de una transformación burguesa del Estado español». La crisis de 1868 le dio la oportunidad para ello, pero «su propia debilidad orgánica y el conflicto de clases surgido en el seno de las fuerzas revolucionarias le hicieron comprender que el movimiento se le podía escapar de las manos». Se inclinó, pues, hacia el compromiso con la oligarquía agraria, y el resultado de ello fue la Restauración, a partir de la cual, integrada en lo que se llamó «el grupo catalán», la burguesía catalana marcó la pauta de la política económica. La «fiebre del oro», la prosperidad de esta burguesía duró hasta la crisis de 1895, que demostró a la burguesía la precariedad del compromiso contraído. La catástrofe colonial de 1898 precipitó los hechos y puso en evidencia la necesidad de romper con aquel Estado oligárquico. La burguesía catalana se separó del marco de la Restauración y «se alió con el movimiento nacionalista, creó un partido político de estructura y métodos modernos —la Lliga Regionalista— y empezó la gran tarea: la movilización política de todo el pueblo catalán», no sin antes haber intentado jugar, en último extremo, la carta militar con el general Polavieja.

Ahora bien, la crisis del 98 no afectaba solamente a la burguesía, precisa Solé-Tura. «Los trabajadores, principalmente afectados por ella, pasaron a la acción y, junto con la ola de atentados terroristas, hicieron una gran demostración de fuerza con la huelga de 1902». La Lliga Regionalista surgió en un contexto de violenta lucha de clases. Se trataba, además, de una burguesía condicionada por un mercado interior extremadamente pobre, aunque indispensable; una

burguesía presionada «por un proletariado combativo y exasperado, que necesitaba el Estado oligárquico para una hipotética expansión colonial y para la conservación del orden público interior». Por otra parte, no se trataba de una burguesía uniforme, sino que tenía en su seno profundas contradicciones. «Era —dice Solé-Tura— una clase íntimamente reaccionaria que desempeñaba un papel revolucionario en el contexto hispánico; una clase conservadora y corporativista que se proponía europeizar, modernizar, liberalizar el país; una clase esencialmente urbana e industrial, profundamente vinculada, sin embargo, a un campo conservador e inmovilista».

En estas circunstancias, la síntesis de Prat de la Riba no pudo por menos que reflejar estas contradicciones y en ella «el afán industrializador coexistía con una profunda vinculación a la tierra, al campo tradicionalista; el impulso político renovador, el sueño imperialista coexistían con la tendencia al compromiso; el anhelo europeizador y modernizador con el corporativismo y el paternalismo más estrechos en la «cuestión social»; el positivismo con el tomismo y el historicismo alemán; el afán de expansión económica con la defen-

sa a ultranza del viejo proteccionismo; la aspiración a una movilización del pueblo catalán, de todo el pueblo, con un estrecho interés clasista que excluía constantemente al adversario de clase».

ENRIC Prat de la Riba i Sarrá pertenecía a una familia conservadora de propietarios rurales vallesanos. Había nacido en Castelletcol, el 29 de noviembre de 1870, en la misma casa en que moriría cuarenta y siete años después. Su mundo original fue, por tanto, el mundo de la payesía acomodada, desengañada de las esperanzas del carlismo y convencida ya de la superioridad de la nueva civilización urbana. Esta clase conservadora sin embargo una profunda vinculación a los valores tradicionales —la religión, el derecho catalán, la casa, la familia patriarcal— que, pocos años más tarde, habían de encontrar su máximo definidor en el obispo de Vic, Torras i Bages, el autor de «La Tradició catalana». Esta corriente de pensamiento que propugnaba el regionalismo apegado a la tierra y a la tradición frente a la «corrupción» del liberalismo jacobino del Estado centralista constituyó verdaderamente el sustrato del pensamiento de Prat de la Riba, su telón de fondo. Su con-

cepción de Cataluña, su imagen de la Patria a la que definía en su «Compendi de Doctrina Catalanista» como «fruto de las leyes a que Dios ha sujetado la vida de las generaciones futuras», coincidía básicamente con la creencia de Torras i Bages en una Cataluña eterna e intemporal de la que el obispo de Vic había afirmado que «a Cataluña la ha hecho Dios y no los hombres». De Torras i Bages y la escuela de pensadores tradicionalistas que José Plá ha denominado humorísticamente «el filón de Vic», recibió Prat de la Riba el componente tradicionalista que había de servir de aglutinante en su tarea de movilizar «a todo el pueblo catalán» tras el impulso creador de la burguesía. Siguiendo esta línea, Prat de la Riba integró en su síntesis el pensamiento, de raíz ruralizante y levítico, aunque ya puesto en contacto con la civilización industrial, de Jaime Balmes, que le brindó todo el esquema organicista en política, su rechazo del sufragio universal y la solución de la llamada «cuestión social» a través del concepto, todavía vivo entre nosotros, del «uso social de la propiedad privada» como medio para integrar a la clase obrera en la empresa del resurgimiento nacional.

Solé-Tura hace un análisis muy amplio del pensamiento de Balmes y determina la influencia que ejerció sobre Prat de la Riba. Investiga luego las bases del pensamiento político y filosófico de este último, encontrándolas en Taine y en De Maistre, pensador a quien Prat considera espiritualmente emparentado con Balmes, en el positivismo de Comte y Le Play, en la escuela histórica encabezada por Savigny, en los estudios del Derecho Romano como Fustel de Coulanges, en los teóricos alemanes del nacionalismo, en la filosofía escocesa del sentido común a través de la obra de Llorens y Barba, en la doctrina social de la Iglesia, expresada sobre todo en la *Rerum Novarum*, y, especialmente, en el pensamiento tradicional catalán (Balmes, Torras y el regionalista conservador Mañé Flaquer). Pero este componente tradicional, que tiene sus raíces en la nostalgia del idílico pasado agrario, coexistió en el pensamiento de Prat de la Riba con las incitaciones de la civilización industrial y urbana. Intenta ser ante todo un renovador, un modernizador de Cataluña y, a través de Cataluña, de España. En este sentido, su pensamiento político se nutre en gran medida en la obra de Valenti Almirall, a quien



Verdaguer,
por Casas.
"El Dante
de Cataluña".

catalanismo y revolución burguesa

el propio Prat consideraba un «precursor». Como dice Solé-Tura, «Almirall creía posible orientar a la burguesía catalana en sentido europeo, expansionista, dinámico. Por esto planteó el combate contra el obrerismo, contra el jacobinismo centralista y contra el regionalismo conservador al mismo tiempo. Quería contraponer a la visión tradicional e histórica del ser de Cataluña una visión positivista y urbana. Su modelo era Gran Bretaña, "taller del mundo"...». Almirall, federalista pimaragalliano de origen, «rompió con Plá y Margall por una razón concreta: el fracaso de la República de 1873 —es decir, del primer intento de gobierno federal— le convenció de que las doctrinas pactistas carecían de base social y, por consiguiente, de que era necesario buscar esta base en la realidad orgánica de las regiones». A la imagen paradisiaca de la Cataluña eterna, Almirall opuso la imagen de la Cataluña de su tiempo, industrial y urbana, aunque con personalidad definida por la historia. Una Cataluña encabezada por una burguesía urbana capaz de oponerse a la oligarquía centralista y de convertirse en el motor de la revolución democrática de España.

«Almirall —dice Solé-Tura— se equivocaba en un punto fundamental: en la apreciación de la capacidad renovadora, del impulso revolucionario de la alta burguesía catalana; sobrestimaba su potencial económico y social». Le faltaban bases económicas e institucionales. Estaba fundada sobre una industria ligera de consumo, dependía estrechamente del mercado español y ni siquiera había conseguido transformar las estructuras del campo catalán. Atemorizada por la presencia de la clase obrera, se había arrojado en brazos de la oligarquía agraria. «Cuando finalmente se lanzó a la aventura catalanista, lo hizo impulsada por la desesperación ante el desastre de 1898». La obra de Prat de la Riba consistió en poner «el impulso regeneracionista, integrador y nacionalista de Almirall al alcance de una burguesía mucho más conservadora y tradicionalista que la clase hegemónica, ideal que éste último quería poner al frente del pueblo catalán». O, como ha dicho José Plá, en frase lapidaria que cita el propio Solé-Tura: «... la filosofía política es siempre la misma: es el particularismo de Almirall, puesto por Prat al alcance del sentimentalismo medio».

La primera tribuna de actuación de Enric Prat de la Riba es el Centro Escolar Catalanista, cuyos dirigentes, Verdaguer i Callís, Puig i Cadafalch, Durán i Ventosa, se habían separado del Centre Català de Almirall. Comienza a los dieciocho años su vida política y a los veintidós es nombrado secretario de la Asamblea de Manresa, convocada por la Unió Catalanista, en la que se aprobaron las famosas «Bases de Manresa», primer manifiesto del catalanismo político (1892). En 1894 ve premiado su trabajo, escrito en colaboración con Pere Muntanyola, «Compendi de doctrina catalanista». En el año de 1898, el de la catástrofe nacional, es decisivo para Prat de la Riba: redacta dos manifiestos: «Als Catalans» y «Al poble català»; publica «La ley jurídica de la industria», que contiene gran parte de su pensamiento en materia social y ve premiado su «Compendi de la Historia de Catalunya». Al año siguiente es nombrado director de un nuevo periódico: «La Veu de Catalunya», desde el que en los años siguientes ejercerá su labor periodística. En 1901, después del fracaso del intento de compromiso con la oligarquía central, llevado a cabo por la Junta de adhesiones al programa del general Polavieja, se constituye la Lliga Regionalista, y Prat entra de lleno en la lucha política. Es encarcelado por un asunto de prensa y pasa, después, un año en un sanatorio en Francia. Vienen luego los años de la Solidaritat catalana y de la Ley de Jurisdicciones. Prat, elegido ya miembro de la Diputación de Barcelona en 1905, publica en 1906 su obra capital, destinada a dar claridad ideológica al movimiento que él encabeza: «La nacionalitat catalana». En 1907 es elegido presidente de la Diputación y emprende su tarea de gobernante, de Barcelona primero y de toda Cataluña al crearse la Mancomunidad. «Su labor —dice Solé-Tura— es un ejemplo de lo que podría hacer este hombre, esta burguesía, si tuviese el gobierno efectivo del país en sus manos y, a la vez, una dramática ilustración de su impotencia».

La explosión de la Semana Trágica aleja definitivamente a los hombres de la Lliga del proletariado barcelonés. «Prat y su partido buscan el compromiso con Madrid, inician un movimiento que puede llevarlos al poder impulsados por una verdadera ola popular (1917), pero desconfían, temen,



Torras i Bages,
obispo de Vic:
"A Cataluña la ha hecho Dios
y no los hombres".

abandonan a sus aliados y entran en el poder en las peores condiciones, por la puerta de servicio». La prematura muerte de Prat de la Riba, en 1907, como consecuencia de la enfermedad que padecía desde su paso por la cárcel, nos deja —termina diciendo Solé-Tura— en la duda: «No sabemos si habría conseguido o no controlar y canalizar los hechos ni en qué dirección. Su memoria se salva y las acusaciones caerán sobre otra cabeza: la de Cambó. De él queda, esencialmente, el recuerdo del ideólogo, del presidente, del estadista de Cataluña».

A través de la obra de Solé-Tura pueden seguirse documentalmente las oscilaciones de la burguesía catalana entre un nacionalismo adoptado después del fracaso de los intentos de apoderamiento del poder central y el constante compromiso con ese poder central sin cuya ayuda esa burguesía no podía alcanzar sus propósitos ante la presión, cada vez mayor, de los movimientos proletarios. El nacionalismo catalán no fue, por tanto, en esa época, mera «invención de la burguesía», como creen algunos autores y como tan a la ligera se viene afirmando aun en nuestros días, sino un instrumento que la burguesía utilizó para constituirse en la fuerza hegemónica de «todo

el pueblo catalán» cuando se vio que no podía realizar la revolución democrática en España. Como dice Pierre Vilar en su libro «Cataluña dentro de la España moderna»: «... fue el deseo frustrado de forjar el grupo español a imagen de la nación moderna, sobre la industria y el mercado nacional, lo que lanzó a los doctrinarios y a los hombres de acción catalanes hacia los sueños históricos de un Estado para ellos y de una nación catalana». No fue, en modo alguno, un nacionalismo separatista. En su concepción, Cataluña, prácticamente la única región industrializada entonces, debía ser la vanguardia de la modernización de la Península, la cabeza de la España periférica en la lucha contra el centralismo inmovilista. Los escritos de Prat de la Riba están llenos de afirmaciones de este tipo. El contenido de ese nacionalismo, sin embargo, era eminentemente conservador y estaba enraizado en las corrientes ideológicas y místicas del reaccionarismo tradicional, y así sus hombres —como dice Solé-Tura— tenían «buen cuidado en no cerrar la puerta al posible compromiso, rechazaban los excesos revolucionarios y propugnaban fórmulas institucionales que habían de asegurar a la burguesía un ejercicio estable del poder: sufragio orgánico, destruc-

ción de los mecanismos políticos de la clase obrera, etcétera». «El catalanismo burgués —ha dicho gráficamente Gaziel— tenía una gravísima contradicción interna: quería transformar radicalmente España sin que se produjera el menor estropicio en Cataluña».

EL problema del nacionalismo catalán sigue, claro está, planteado. «La burguesía pudo apelar al sentimiento comunitario del pueblo catalán porque se lo permitían las diferencias estructurales y culturales entre este pueblo y los del resto de España. Por otro lado —añade Solé-Tura—, la acción política y educadora de la burguesía contribuyó a fortalecer este sentimiento de diferenciación y de comunidad interior, es decir, habituaron a una gran parte de los habitantes de Cataluña a ver la realidad política y cultural española en función de su particularismo. Y, viceversa, el resto de España, estructuralmente diferente, se habituó a ver a Cataluña como una entidad social, económica y política con características propias». «Esta diferenciación subjetiva y objetiva —sigue diciendo—, a la vez, estable y fluctuante, clara e imprecisa, tuvo, sin embargo, suficiente coherencia para servir de base a un movimiento nacional de contenido diferente. Pero esta coherencia, esta estabilidad, no son datos fijos, inmutables. Es un equilibrio que hay que rehacer constantemente y que constantemente es roto por la presión de factores externos e internos. Quiero decir con esto que no podemos aceptar el hecho nacional como un dato de hecho, incuestionable y fijo; que debemos preguntarnos continuamente qué variaciones ha experimentado y experimenta».

Es en este punto donde creo que radica el interés político del libro de Solé-Tura. Su propósito no es hacer una crítica, en el sentido peyorativo del término, de la obra y de la ideología de Prat de la Riba. Prat fue, ante todo, un hombre de su época, y tenía razón Maurici Serrahima al decir en un artículo publicado en «Serra D'Or», a raíz de la polémica surgida en torno del trabajo de Solé-Tura, que había que tener en cuenta que Prat murió antes de que se produjera la revolución soviética. A mi juicio, lo que se ha propuesto Solé-Tura en su importante ensayo es salir al paso de la posible resurrección del pensamiento de Prat de la Riba y

su traslado a nuestro tiempo. Esta es la explicación de que su libro haya despertado tan violentas reacciones en Cataluña entre aquellos a quienes interesa conservar la ortodoxia o actualizarla sin poner en duda su fundamento. «Bajo la tranquila apariencia de la civilización de consumo —dice en esencia Solé-Tura— se está produciendo en Cataluña un proceso de diferenciación social. El alud inmigratorio ha modificado profundamente la realidad sociológica de la clase obrera catalana, planteando graves problemas de normalización cultural, dada la vigencia de un idioma —el catalán— que apenas tiene acceso a los grandes instrumentos de comunicación de masas. El desarrollo económico propicia el aumento numérico de unas capas medias mal definidas, pero nutridas esencialmente de la clase obrera autóctona... y también de la pequeña burguesía tradicional, que identifican su ascenso social con el desarrollo de la civilización de consumo y defienden su trinchera con un fuerte clasismo. Dado que los obreros son, en su mayoría, de origen no catalán y que en cambio estas clases medias se reclutan sobre todo en la población autóctona, esta diferenciación clasista se convierte fácilmente en diferenciación cultural y étnica». La nueva burguesía emprendedora, que podría llamarse «neocapitalista» y que tiene un pie en el sistema vigente y otro fuera de él, quiere consolidarse cubriendo los puntos débiles de la burguesía catalana anterior: instrumentos financieros, fuentes de energía modernas, red de comunicaciones, etcétera. Su gran reserva, políticamente hablando, son las clases medias surgidas en la sociedad de consumo. De ahí que sea importante para esa burguesía o para sus portavoces «defender a ultranza el pensamiento de Prat de la Riba, poniendo en segundo plano su conservadurismo para sublimar su papel de "ordenador", de "gubernante", de "definidor" de la realidad catalana».

«El tono exasperado que ha tenido la polémica en torno a este libro —afirma Solé-Tura en el prólogo a la edición castellana— demuestra, a mi parecer, la debilidad teórica de la ortodoxia actual —resfriada con la primera brisa— y el temor a que la solución del problema (del problema que sigue vigente) se encarne en una nueva clase social —la obrera—, que, evidentemente, le dará un contenido propio y específico». ■ L. C.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

HUELGA DE HUELGUISTAS

Desde un punto de vista laboral, se puede definir a los franceses como unos señores que van a hacer huelga, están en huelga o acaban de hacer huelga. De vez en cuando —1789 (la Revolución), 1871 (la Comuna), 1968 (Mayo)— organizan una trifulca un poco más considerable; pero aparte de estas erupciones de fiebre secular, la vida del país discurre por los seguros y ordenados cauces de una intensa actividad huelguística. ¿Por qué misterioso prodigio este país, que aparentemente está siempre en huelga o de vacaciones, cuando no de revolución, funciona? No seré yo quien se meta a analizar tan complejo fenómeno. Me limitaré a expresar la sospecha de que tal vez por eso seguramente funciona.

En los últimos años, junto con el incremento del poder adquisitivo, los franceses han conseguido un aumento notable del poder huelguístico. Por riguroso turno, cada sindicato y cada sector de actividad hace su pequeña huelga. El francés vive en la huelga como el pez en el agua, y puede decirse que, así como no hay día sin pan (excepto cuando les toca hacer huelga a los panaderos), ya no hay día sin huelga.

Por eso mi asombro fue enorme cuando el otro día, al llegar a París, me encontré con una inusitada agitación laboral. Para empezar, un "mozo" me llevó las maletas en una carretilla, y luego vi, abrumado, que podía elegir medio de locomoción para trasladarme a mi casa. Todo funcionaba: los taxis, el Metro, los autobuses. Podía incluso ir a pie, pues tampoco estaban en huelga los del servicio municipal de limpieza y no había cubos de basura amontonados en las aceras. Por si todo esto fuera poco, los comercios y los Bancos estaban abiertos, y por las calles, afanosos y puntuales, caminaban los carteros repartiendo la correspondencia. Completamente anonadado, recordé que ya en Madrid me habían dicho que podía tomar el avión si quería, pues se podía aterrizar perfectamente en el aeropuerto de París.

Tan anormal situación me pareció peligrosísima y tenía que presagiar forzosamente alguna oscura hecatombe. Para salir de dudas, abordé a un ciudadano que estaba leyendo el periódico (¿también habían salido los periódicos!):

—¿Qué pasa aquí? ¿Es que no hay huelga de nada? ¿Dónde están los huelguistas?

—Están en huelga —me respondió.

—¿Cómo? —exclamé, asombrado.

—Sí —me explicó—. Es un nuevo truco. Parece ser que los huelguistas reclaman mejores condiciones de huelga, y entonces se han declarado en huelga contra la huelga y se han puesto a trabajar. Es una huelga de huelguistas.

—Pero... eso hará el juego del patronato y del gobierno —objeté.

—No lo crea —sonrió sibilinamente el francés—. Usted no entiende las sutilezas de la política francesa. El patronato y el Gobierno cuentan con un número determinado de huelgas al año. Hay un cupo de huelgas previsto en el Plan. La huelga a la huelga lo trastoca todo y echa por tierra todas las previsiones...

—Ya... ¿Y no hay esperanzas de que pronto se normalice todo; es decir, de que la gente vuelva cuanto antes a sus puestos cotidianos de huelga, como debe ser? Porque, sino, esto es un caos tremendo...

—Pues... no sé. A no ser que los huelguistas decidan declarar la huelga a la huelga contra la huelga...

Afortunadamente, todo volvió a la normalidad al día siguiente. Pero aquel día, el día de la huelga de huelguistas, el día en que todo el país trabajó, fue un día único y fascinante en la historia de la Francia contemporánea. Si no hubieran estado cerradas las Universidades, por ser verano, habría habido incluso clases.